“Lalo el furioso y Memo el chaparro”

Mtra. Marisa G. Galindo Prendes

Como todos los días por la tarde, Lalo estaba jugando a atrapar hormigas y asqueles tirado de panza en el suelo, cuidando que los rayos del sol no le dieran directo en su piel tan blanca como la leche; cerca en el patio lleno de macetas, también estaba Memo pateando un balón de futbol y con cada disparo a la portería, que no eran otra cosa que dos grandes macetas de helechos, se acomodaba sus lentes de armazón negro.

De pronto, el balón fue a caer sobre la fila de vasos que tenían dos o tres hormigas atrapadas, permitiendo la rápida huida de los insectos. Lalo se paró inmediatamente del suelo y fue a perseguir a su hermano. Ésta si se la pagaba.

- Te voy a alcanzar Chaparro, y ni Juan Diego va impedir que te ponga unas patadas.
- No Lalo, no te enojes, se me fue el balón – decía Memo mientras corría a toda prisa por el corredor.

Al oír los gritos, el papá de los niños se levantó de su escritorio y les lanzó una llamada de atención con su voz fuerte y profunda.

- ¿Qué pasa con ustedes dos?
- Nada, Juan Diego – le respondió Memo – Vamos a ir al parque a jugar.

Sonriendo y empujándose uno al otro, los niños salieron de la casa rumbo al parque. Ahí se encontraron con otros chicos y comenzaron un partido de fútbol.

En eso estaban cuando vieron que llegaba Víctor, amigo de los niños, montado su bici nueva. Era roja, brillante de nueva, con manubrios y rayos cromados. Dejaron el partido para ir a ver de cerca tan portentoso vehículo. Todos la chuleaban y Víctor que no cabía de orgullo.

Fue Memo, el Chaparro, quien se atrevió. Le pidió a Víctor que le prestara la bicicleta para “dar una vueltecita, aquí nomás, a ver qué se sentía subirse en ella”. Víctor de buena gana, le dijo “órale” y se la prestó. Los otros niños volvieron al partido, con Víctor integrado, mientras el Chaparro daba su vueltecita.

Pero Memo se fue en la bicicleta no a dar una “vueltecita” sino una vuelta larga, muy larga. Cuando iba pedaleando la bicicleta, nuevecita, roja y de rayos cromados, se topó con un muchacho que, atravesándose y con las manos extendidas le impidió el paso. Memo no

sabía qué hacer, frenó, se bajó de la bici e intentó sacarle la vuelta, pero el muchacho insistía en no dejarlo pasar.

Luego un empujón, en seguida una patada a Memo que lo aventó lejos… Y adiós bicicleta roja con manubrios y rayos cromados. Le habían robado la bicicleta nueva de Víctor, lo habían tirado al piso, golpeándose la cabeza y el orgullo. Memo veía todo negro.

Los chicos del partido de futbol se dieron cuenta a lo lejos de lo que pasaba. Lalo furioso, corrió hacia su hermano para saber cómo estaba y ayudarlo levantarse. Los niños miraban por todos lados, para ver si alcanzaban a ver por dónde se había ido el ladrón de la bicicleta.

No se veía por ningún lado, parecía que se lo había llevado el viento con todo y la bici roja y nuevecita. No sabían qué hacer. Sus pensamientos no les daba más que para decir “que mala onda”, “¿Y ahora qué vamos a hacer?”, “Chin, y nuevecita, no se vale”.

En eso estaban los niños cuando vieron que por entre los jardines venía Juan Diego, el papá de Memo y Lalo. Y cuál no sería su sorpresa, su papá había detenido al muchacho, lo había reprendido y rescatado la bicicleta roja de manubrios y rayos cromados.

– ¡Juan Diego vino por nosotros! – exclamó Lalo.
– ¡Sí, y le quitó la bici al grandulón! – dijo Memo sonriendo.

Y resultó que el padre de los dos niños, Lalo y Memo, había salido tras de ellos hasta el parque, dándose cuenta de todo lo sucedido.

Juan Diego le entregó la bicicleta a Víctor, agradeciendo que le hubiera permitido a Memo “dar una vueltecita”. Y abrazando a sus hijos, caminando por el parque, les dijo:

– Me da gusto que sus peleas en la casa no les impidan cuidar el uno del otro. ¿Quieren comer un helado antes de regresar a la casa?

Los ojos de Lalo y Memo brillaron de felicidad. ¡Mmmh… Helado!

Y colorín colorado este cuento No se ha acabado.